

Liberación nacional, revolución y peronismo en la Argentina de los 70

Por Germán Ibáñez

Publicado en: Juan José Giani (comp.): *200 años construyendo la Nación*; Rosario; Paso de los Libres; 2010

Cuando se plantea cuestiones como la “liberación nacional”, la “revolución” y el “peronismo”, está trazando un campo problemático extraordinariamente amplio, aunque se lo circunscribe a los años 1970. En estas breves líneas no intentaremos un tratamiento exhaustivo, sino desarrollar algunas reflexiones en torno a esos nudos problemáticos que atraviesan el imaginario militante de los años '70.

Lo primero a tener en cuenta es que tanto las cuestiones mencionadas como lo que se denomina genéricamente “los ‘70” tienen una historia más larga, que no comienza súbitamente en el amanecer de esa década. Si hablamos de “los ‘70” podemos apreciar que muchas veces se considera que el año de 1966, con el golpe de Estado encabezado por Juan Carlos Onganía, comienza un nuevo ciclo político, aunque otras interpretaciones lo retrotraen al golpe de Estado del año 1955. El golpe de Estado de 1976 marcaría un nuevo punto de inflexión, y el fin de una época. Varias características definirían ese ciclo de “los ‘70”. La ruptura del orden institucional a través de golpes de Estado (aunque en rigor de verdad esa “historia” comienza en 1930); la violencia política; la radicalización de las luchas sociales; la persistencia del peronismo como identidad política mayoritaria de los trabajadores; el desarrollo de la nueva izquierda. Podríamos seguir la lista con cuestiones como el progresivo descrédito de la democracia representativa, el tránsito de la política desarrollista al neoliberalismo, etc., pero ya dijimos que no es esa nuestra intención. Veamos una breve genealogía de las problemáticas que nos interesan: la liberación nacional, la revolución y el peronismo.

La “larga marcha” de la liberación nacional

Hay una “larga marcha” de la noción de liberación nacional. Pocos años habían pasado desde la consagración de la Independencia argentina cuando Juan Bautista Alberdi se planteaba la necesidad de la *emancipación mental*, para consagrar la magna obra de la generación anterior¹. Claro está que esa emancipación mental parecía aludir solo a la herencia hispánica y dejaba en un cono de sombra el colonialismo cultural de las potencias capitalistas en ascenso, especialmente

¹Arturo A. Roig: *El pensamiento latinoamericano y su aventura*; Buenos Aires; Ediciones El Andariego; 2008; p. 51

asociado al influjo de Inglaterra y Francia en estas tierras. No se discriminaba al sujeto de la nueva etapa de la emancipación, o tal vez sí: lo que sucedía es que era extra americano. Si la cultura y los capitales europeos traerían la civilización, no menos cierto era que también el concurso de la propia inmigración de aquellos países aparecía como inevitable y deseable. Ni que hablar en la formulación de Sarmiento, donde la apología de la inmigración convive con la denigración sistemática del hombre americano (criollo, mestizo o indio), a tal punto que varios pasajes de sus escritos son prácticamente una justificación del etnocidio².

En el terreno del pensamiento económico, episódicamente aparecen intuiciones acerca de que la emancipación política no asegura plena independencia a la nación, o al menos, de que se sufren algunas extorsiones a manos de los países civilizados y las empresas extranjeras. Será con el siglo XX que aparece con más claridad el problema de la persistencia del colonialismo en condiciones de independencia política, o neocolonialismo. En América Latina es el cubano José Martí quien representa el tránsito al moderno antiimperialismo³. A finales del siglo XIX, Cuba y Puerto Rico continuaban bajo la dominación colonial española al tiempo que insensiblemente iban cayendo bajo la órbita de los Estados Unidos, potencia capitalista que aspiraba a controlar no solo al Caribe y Centroamérica sino al conjunto del continente. Martí comprende esta nueva realidad y recuperando el ideario bolivariano, sostiene la necesidad de asegurar la independencia de Cuba en la unidad de América Latina y el Caribe. Al mismo tiempo es consciente de que la dominación estadounidense es fundamentalmente económica, y que por tanto una auténtica liberación debe asentarse en la modernización y la transformación progresiva de las estructuras socio –económicas cubanas. En este camino, difícilmente lo acompañara la burguesía de la isla⁴. Martí piensa en una coalición popular para impulsar la lucha por la independencia y la transformación de Cuba, en la cual necesariamente deben tener protagonismo las clases medias, los trabajadores y campesinos, así como cuestionar el racismo, otra de las herencias perdurables del colonialismo.

Con todo esto, es indudable que José Martí representa un salto cualitativo desde un liberalismo nacional decimonónico (un Benito Juárez, que Martí admiraba, podría ser un ejemplo de esa vertiente del liberalismo latinoamericano) al nacionalismo popular que eclosionaría con fuerza en el siglo XX en toda Latinoamérica y por cierto muy especialmente en nuestro país. Ese nacionalismo popular está relacionado indisolublemente con la cuestión de la liberación nacional.

En la Argentina, en las primeras décadas del siglo XX, es el socialista Manuel Ugarte quien expone (en varios libros e innumerables conferencias que incluyen una gira latinoamericana) un sólido alegato antiimperialista. Se identifica él también con el proyecto bolivariano de *libertad en*

² Ver Roberto Fernández Retamar: *Algunos usos de civilización y barbarie y otros ensayos*; Buenos Aires; Editorial Contrapunto; 1989; p. 196

³ *Ibíd.*; pp. 30 -40

⁴ Ricaurte Soler: *Idea y cuestión social latinoamericanas*; México; Siglo XXI; 1987; pp. 250 -253

la unidad de Nuestra América, planteando perentoriamente que si América Latina no se unifica será presa del imperialismo. La denuncia del expansionismo económico, político y militar de los Estados Unidos se integra en una concepción madura del imperialismo, que no está influida en sus inicios por la obra de Lenin, pues Ugarte parte de la tradición reformista del socialismo (especialmente Jean Jaurés), aunque pronto debe romper con el Partido Socialista por la subestimación de esta agrupación justamente a la denominada “cuestión nacional”⁵.

Manuel Ugarte sostiene que es el pueblo el protagonista excluyente de las luchas de liberación, aunque no se apoya en una lectura clasista, más propia del socialismo marxista que de la tradición reformista. Y no desconoce la importancia de la transformación socio –económica interna, sin la cual pobre defensa podrían ofrecer las economías latinoamericanas frente a la pujanza metropolitana. Es en ese sentido un firme promotor de la industrialización argentina⁶, ya en la segunda década del siglo XX, desde las páginas del periódico *La Patria*. Otra cuestión a resaltar en Manuel Ugarte, de cara al imaginario de “los 70”, es su propuesta de un *socialismo nacional*, que se nutriera de las tradiciones de los pueblos y no fuera una simple “flor exótica”. Volveremos sobre esto más adelante.

En la vertiente yrigoyenista del radicalismo también comienza a madurar una corriente que apunta a un nacionalismo popular antiimperialista. Importa recordar esta filiación; el nacionalismo popular argentino surge en el seno del movimiento nacional, no como desdoblamiento o “popularización” del nacionalismo oligárquico, que era claramente antiplebeyo, y por cierto antiyrigoyenista. Es una superación histórico –dialéctica del liberalismo nacional. Ese tránsito aparece en quien luego fuera uno de los fundadores de FORJA y que influiría fuertemente en Arturo Jauretche: Manuel Ortiz Pereyra⁷. Esta figura reivindica la necesidad de una conciencia histórica para alcanzar una plena emancipación, y señala que la independencia argentina (de España) no se tradujo en una liberación económica ni cultural. Posteriormente a la ruptura con la Corona hispánica, el colonialismo económico se habría afirmado, apoyado a su vez en el colonialismo cultural, durante la etapa de la organización nacional, hasta constituir un verdadero “sistema” en el cual los ingleses eran los beneficiarios.

Ortiz Pereyra afirma que es necesario continuar luchando por una más completa emancipación, en los terrenos económico y cultural. Un claro rol protagónico del Estado en el terreno económico y la participación con vocación nacional de los intelectuales en el terreno cultural son absolutamente necesarias para el triunfo de esa nueva emancipación. De esta manera,

⁵ Jorge Abelardo Ramos: *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*; Buenos Aires; Editorial Coyoacán; 1961; pp. 35 -39

⁶ Manuel Ugarte: *La Patria Grande*; Buenos Aires; Editorial Coyoacán; 1960; pp. 63 -69

⁷ Para el pensamiento de Manuel Ortiz Pereyra, figura poco conocida, ver Norberto Galasso: *Testimonios del precursor de Forja: Manuel Ortiz Pereyra*; La Plata; Edulp; 2006

Ortiz Pereyra destaca la necesidad de un *intelectual comprometido*, tema que será caro a la sensibilidad de los años 1960 -70.

En los años '30, con Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y los forjistas la problemática de la liberación nacional, presentada como *revolución nacional* está plenamente establecida en la tradición del nacionalismo popular argentino. Para Jauretche es Scalabrini Ortiz quien opera el tránsito del antiimperialismo “abstracto” o puramente doctrinario a uno concreto. Scalabrini Ortiz piensa en la economía como “método de auscultación de los pueblos”, y estudia la realidad argentina para concluir en la demostración de su control casi total por parte del capital británico. La recuperación de los resortes económicos fundamentales, su *nacionalización*, es la base para cualquier política de autodeterminación. También le interesa la historia y la problemática del colonialismo cultural, señalando la ceguera de la inteligencia americana ante los hechos concretos, mientras se deslumbraba con las novedades europeas. El imperativo es por tanto “volver a la realidad”⁸.

Ya hemos mencionado a Manuel Ugarte y su antiimperialismo enlazado con la propuesta socialista. Pero ahora debemos ocuparnos de la llegada del antiimperialismo marxista, en la formulación de Lenin. En nuestro país se produce, en 1918, una escisión del Partido Socialista que dará origen en poco tiempo al Partido Comunista. Esa organización, que adhiere a la III Internacional y adopta los “21 Puntos”, incorpora formalmente el antiimperialismo leninista. Pero en el caso argentino, esa incorporación es inicialmente solo en el terreno doctrinario, es decir puramente formal. No se acompaña de un estudio concreto de la formación social argentina, y la posición del Partido será a su vez fuertemente opositora al movimiento nacional, en el que veía solo una manifestación más de la “política burguesa”. En ese contexto, el radicalismo yrigoyenista será caracterizado de “fascista”.

Sin embargo, la influencia de los planteos leninistas sobre el imperialismo y la liberación nacional ejercen una influencia más vasta. En el trotskismo de los años 1930 se da una polémica en torno a la caracterización de la revolución en nuestro país: ¿socialista o de liberación nacional?⁹ Las posiciones se polarizan en torno a las figuras de Antonio Gallo, que sostenía la tesis socialista y Liborio Justo que afirmaba la tesis de la liberación nacional. Gallo partía del presupuesto de que Argentina era un país capitalista, en el cual su burguesía ya no podía cumplir ningún papel progresivo. Y Justo señalaba que se trataba de una semicolonía, cuyo pleno desarrollo estaba trabado por el imperialismo. En ambos casos, la perspectiva del proceso revolucionario (en la línea de León Trotsky y la teoría de la *revolución permanente*) desembocaba en el socialismo. Lo que estaba en discusión era el rol de la burguesía “nacional” en la lucha antiimperialista y el contenido

⁸ Ver Raúl Scalabrini Ortiz: *Política británica en el Río de la Plata*; Buenos Aires; Editorial Plus Ultra; 1965

⁹ Ver Norberto Galasso: *La Izquierda nacional y el FIP*; Buenos Aires; CEAL; 1983; p. 33 -39

socio –económico de la revolución, al menos en sus primeros tramos, pues resultaba claro que en la tesis de la liberación nacional, la revolución antiimperialista no tenía un carácter inicialmente socialista sino democrático y nacional.

Con estas referencias resulta claro que la problemática de la *liberación nacional*, en la vertiente del nacionalismo democrático popular y en la del marxismo, ya está delineada para la década de 1930. En las décadas siguientes se desarrollará profusamente, al compás de las polémicas y debates político –intelectuales, pero especialmente de los procesos concretos de luchas sociales en Argentina y el mundo. Sobre todo es en la segunda posguerra cuando se afirma la centralidad de la liberación nacional. En primer término hay que destacar la experiencia del peronismo en nuestro país, que se asumía manifiestamente como movimiento nacional y señalaba el horizonte de la independencia económica como bandera irrenunciable; al mismo tiempo, identificaba al *pueblo trabajador* como sujeto del proceso de autodeterminación nacional. En segundo término, en el orden internacional, la Revolución China, el movimiento anticolonial en África y Asia, el nacionalismo árabe, iban en el mismo sentido. Algunos de estos procesos se orientaban hacia el socialismo, otros no. Y será sobre todo la Revolución Cubana de 1959 lo que dinamiza el debate, anudando claramente la liberación nacional con el socialismo, y estimulando a una nueva generación de militantes revolucionarios.

El paradigma de la liberación en “los ‘70”

Para las décadas del '60 y del '70, la cuestión de la liberación nacional es un campo problemático sumamente denso, atravesado por infinidad de debates y polémicas, nutrido por diversas vertientes ideológicas. Desde el cristianismo y ciertas fracciones de la Iglesia católica se suman a esas discusiones. Es un progresivo cambio que militantes católicos y sacerdotes comienzan a realizar¹⁰. Cuentan con el poderoso estímulo que significó el II Concilio Vaticano y la figura del propio Papa Juan XXIII. Se trata de un fuerte giro ideológico, que habilitará el compromiso con los pobres, y sobre todo, con la problemática de la *liberación*. Las comunidades de base, la “opción por los pobres”, el camino insurgente seguido por algunos sacerdotes como el colombiano Camilo Torres, y finalmente la teología de la liberación, marcan los perfiles complejos y diversos de la radicalización de una parte sustancial del activismo cristiano latinoamericano por aquellos años. En 1967 se da a conocer el *Manifiesto de los Obispos del tercer Mundo*, encabezado por el brasilero Helder Cámara. La condena a un sistema social injusto, creador de miseria, la habilitación a la lucha política y aún al socialismo, son cambios fundamentales propuestos por esas fracciones del

¹⁰ Ver Samuel Silva Gotay: “El pensamiento religioso”, en Leopoldo Zea (coord.): *América Latina en sus ideas*; México; Siglo XXI; 2000

catolicismo (y resistidos por los conservadores) que expresaron un bullente movimiento de base que se radicalizaba más y más. En el año 1968 se produce la II Conferencia del Consejo del Episcopado Latinoamericano, y produce el documento *Sobre la violencia en América Latina*, que genera un gran impacto. Se contraponen allí la “injusta violencia de los opresores” con la “justa violencia de los oprimidos”. Se había pasado de la concepción predominantemente desarrollista de la I Conferencia a la idea de *liberación*.

En nuestro país, esto eclosionó con el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. Y también con publicaciones como *Cristianismo y Revolución*, donde las opciones insurreccionales o guerrilleras tenían un espacio. Asimismo activistas católicos radicalizados se sumaron u organizaron las guerrillas de finales de la década de 1960, por ejemplo en los contingentes iniciales de la guerrilla peronista Montoneros, que se convertiría en la más importante de las organizaciones armadas.

En la izquierda tradicional se producen sucesivas escisiones (lo que era ya una tendencia anterior) y replanteos ideológicos. Por una parte, está en crisis y muy cuestionado el movimiento comunista internacional desde la muerte de Stalin y luego el XX Congreso del PCUS y la denuncia del “culto a la personalidad”. En Argentina, el Partido Comunista se había enfrentado al movimiento nacional (primero al yrigoyenismo y luego al peronismo) condicionando negativamente su relación con las masas populares y, más allá del discurso, se fue acomodando a una práctica reformista. El impacto de la Revolución Cubana y de la ruptura chino –soviética movilizan las aguas del Partido Comunista, y estimulan el éxodo de los militantes más inquietos. También el conservador Partido Socialista conoce rupturas y escisiones, surgiendo de su seno minorías radicalizadas como la que conforma el Partido Socialista de Vanguardia. El trotskismo, que en los años '30 se reducía a pequeños círculos que discutían acerbamente entre ellos y denunciaban la “traición” del stalinismo, ha conformado una formación política emblemática de “los '70”: el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y su brazo armado el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Desde vertientes más intelectuales se ha ampliado con los años el arco de las referencias y las discusiones. Desde la recepción de la obra de Gramsci con Héctor Agosti en los años previos, los gramscianos argentinos han recorrido su camino y editan la influyente revista *Pasado y Presente*, en la cual se procesan importantes debates. También se ha dado la experiencia de *Contorno* y *La Rosa Blindada*. Las nuevas tendencias de la izquierda intelectual realizan, a su modo, el balance crítico de la izquierda “tradicional” y sus presupuestos filosóficos.

El “liberacionismo” se nutriría también con corrientes filosóficas que apuntarían justamente hacia una “filosofía de la liberación”¹¹. En este grupo, se hará sentir la influencia del marxismo, pero también de la teología de la liberación y del peronismo.

Desde la década del '40 se fue delineando la vertiente del *marxismo nacional*, en la cual se destacan Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui y John William Cooke entre otros. Esta tendencia no fue homogénea por cierto. Se conformó con exponentes de una lectura del trotskismo en clave de liberación nacional, herederos de Liborio Justo pero ya sin él, y sobre todo de la publicación de los años '40 *Frente Obrero*; adoptaron la denominación “izquierda nacional”. También con disidentes del comunismo, expulsados del Partido por interpretar el ascenso del peronismo no en torno al antifascismo (como fue la lectura oficial) sino en relación con el antiimperialismo; luego incorporaron los aportes maoístas relacionados con la *contradicción principal* (Puiggrós, Eduardo Astesano). Y también con figuras intelectuales de un peronismo que buscaba la síntesis con el socialismo¹². Más tarde fue conformándose una nutrida y heterogénea izquierda peronista (gremial, estudiantil, territorial y armada) que excedió el influjo de sus principales intelectuales: Cooke y Hernández Arregui.

El marxismo nacional privilegió decididamente la cuestión de la liberación nacional, siendo ese uno de los ejes principales de ruptura y polémica con la izquierda tradicional. Pero sin duda su punto distintivo fue su posicionamiento concreto frente al movimiento nacional. Encararon la problemática de la liberación nacional en su relación histórica y política con los movimientos populares argentinos del pasado y del presente. Eso los orientó a la revisión historiográfica, que también constituyó uno de sus principales aportes (en este terreno, como en los anteriores, hay no pocos matices entre estas figuras y sus principales obras)¹³. No llegaron a construir una fuerza política relevante, ni a confluir juntos en una misma organización, sin embargo su influjo ideológico alcanzó a miles de militantes y sus posiciones obligaron al debate a las otras corrientes de la izquierda argentina.

En las bases obreras también se agitaban las aguas de importantes discusiones políticas. El peronismo continuó siendo la principal referencia entre los trabajadores en las décadas de 1960 y 1970; pero las opciones políticas e ideológicas se habían ampliado¹⁴. En primer lugar, el peronismo había generado su propia izquierda, que en el plano sindical se expresaba en un “peronismo combativo”, revolucionario, antiburocrático y partidario de “profundizar” las tres banderas

¹¹ Para esta cuestión ver Horacio Cerutti Guldberg: *Filosofía de la liberación latinoamericana*; México; Fondo de Cultura Económica; 1993

¹² Ver Norberto Galasso: *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina*, tomo 1; Buenos Aires; Nuevos Tiempos; 2007; especialmente capítulos VII al X

¹³ Ver Guillermina Georgieff: *Nación y revolución*, cap. IV; Buenos Aires; Prometeo Libros; 2009

¹⁴ Ver Daniel James: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946 -1976*, cap. 9; Buenos Aires; Siglo XXI; 2006

históricas en dirección a un socialismo nacional. La experiencia de la CGT de los Argentinos (convergencia momentánea de gremios con posiciones combativas y antidictatoriales) marcó los perfiles de una alianza con corrientes de izquierda, cristianas revolucionarias, intelectuales y estudiantiles. Así cobraron visibilidad los contornos de un radicalizado movimiento social antidictatorial y pro –socialista. También integraron el nuevo activismo obrero agrupaciones y corrientes vinculadas con las organizaciones armadas del peronismo.

No podría reducirse de todas formas las nuevas camadas de la militancia obrera de base solo al peronismo combativo. Cristianos revolucionarios, “clasistas”, comunistas, trotskistas, maoístas, concurrieron a nutrir el heterogéneo campo del activismo de base que impulsaron las luchas populares que acorralaron a la dictadura de Onganía –Lanusse. Más allá de sus diferencias políticas e ideológicas, estas corrientes obreristas tendieron a enlazar la lucha gremial con un horizonte de liberación nacional y social.

Este sucinto relevamiento nos permite ver que el paradigma de la liberación era extraordinariamente diverso en la Argentina de las décadas de 1960 y 1970; complejidad que está estrechamente relacionada al proceso de radicalización de las luchas políticas y sociales pos -1955, y a un contexto internacional caracterizado entre otras cosas por la rebelión antiimperialista del entonces llamado “Tercer Mundo”. Las distintas corrientes ideológicas que concurrieron a nutrirlo estaban en gran medida presentes desde hacía décadas: nacionalismo popular, marxismo. Pero ahora profundizaron acercamientos y debates, como los que dieron origen por ejemplo al *nacionalismo popular revolucionario*, ideología adoptada por corrientes del peronismo combativo que buscaban enlazar la perspectiva de la liberación nacional (para ir “más allá” de la política desplegada por el peronismo en los años 1946 -55) con una propuesta socialista, sin renunciar a la identidad política del peronismo. De una u otra forma, todas las vertientes (peronistas, marxistas, cristianos) coincidían en la necesidad de establecer la justa relación entre liberación nacional y liberación social. Esa búsqueda de una “liberación social” que ponía de relieve no solo las “cadenas” imperialistas, sino especialmente el yugo capitalismo interno, el rol de los explotadores nacionales, necesariamente debía plantear la áspera cuestión de la *revolución*, ya que en el imaginario militante de la época no parecía muy factible alcanzar la liberación social por la vía reformista.

Los caminos a la revolución

Desde el inicio, la cuestión de la liberación nacional y el problema de la revolución están enlazados, aunque no se excluyera la posibilidad de un proceso que discurriera por cauces “reformistas”. En todo caso, siempre existió cierta dificultad para definir conceptualmente

“revolución” y “reforma”, y sobre todo para establecer tal distinción, no ya en el ámbito de la teoría sino de los movimientos populares concretos. Esto último es muy visible en torno a la caracterización de los movimientos nacionales por parte de las izquierdas de la época: ¿eran reformistas? ¿Eran “más de lo mismo” en el mundo de la política burguesa? ¿Parte de una revolución democrático –burguesa? ¿Primera etapa de la liberación nacional? ¿Revoluciones nacionales? ¿Bonapartismos? En aquellos años ya circulaba académicamente la palabra “populismo”, que luego adquiriera tanta presencia en las referencias a la política latinoamericana.

Un punto aceptado por las izquierdas, al menos formalmente, era que una revolución se caracterizaba por la naturaleza socio –histórica de las “tareas” a acometer. Si se consideraba que las llamadas tareas *nacionales* (reforma agraria, industrialización, democratización del Estado, ruptura con el imperialismo) estaban a la orden del día, entonces la revolución era de liberación nacional. Aunque para los marxistas que sostenían esta posición resultaba claro que la perspectiva estratégica era socialista y que la clase obrera debía luchar para ocupar una posición dirigente, podía admitirse que en sus primeros tramos, sociológicamente, continuaba siendo una revolución democrático –burguesa. Esto había sido discutido en los primeros Congresos de la III Internacional y no se identificaba necesariamente con la revolución “por etapas”. En los excesos polémicos de la época, los partidarios de la tesis socialista solían endilgarles a sus adversarios el “etapismo”, pero no siempre era cierto. Por ejemplo, la izquierda nacional sostenía la tesis de la revolución nacional latinoamericana apoyada conceptualmente en la teoría de la *revolución permanente* de Trotsky; y aunque Jorge A. Ramos coqueteó en su libro *América Latina: un país* con la idea de una vocación antiimperialista de la burguesía nacional argentina, nunca llegó a afirmar por entonces que la burguesía pudiera llevar hasta el fin el proceso de liberación nacional, ni que la revolución pudiera detenerse en una etapa “burguesa”, so pena de ser sofocada o revertida por el imperialismo. Los partidarios de la tesis socialista consideraban que la liberación nacional era, simultáneamente, una lucha anticapitalista contra la burguesía nacional, clase que se sometía, o se asociaba (o no tardaría en hacerlo) con el capital imperialista. En la medida en que la Argentina era un país capitalista, aunque dependiente o semicolonial, su burguesía ya no podía (en la época del imperialismo) cumplir ninguna tarea *democrática* ni existía una frontera precapitalista a abolir. Por eso, las tareas *socialistas* (socialización de los medios de producción, poder obrero) se planteaban con inmediatez.

Ahora bien, más allá del intercambio de invectivas y las acusaciones cruzadas, había un piso mínimo de coincidencias que los contendientes no alcanzaron a poner de relieve. Fuera la revolución de liberación nacional o socialista, no podría de ningún modo “congelarse” en una etapa capitalista, a riesgo de perecer. La burguesía “nacional” (se hiciera esa distinción con las fracciones oligárquicas o no) carecía de la fuerza, la conciencia de clase y la vocación histórica para llevar la

revolución hasta el fin. Solo la clase obrera, armada con la teoría revolucionaria, podía dirigir el proceso revolucionario hasta alcanzar los fines estratégicos. Se disentía en las lecturas e “interpretaciones” del marxismo, pero el gran parte aguas era el movimiento nacional. Para apoyarse teóricamente a la hora de pensar la cuestión nacional, podía apelarse a Lenin, a Trotsky, a Stalin, o a Mao. Sin embargo, a la hora de la verdad, se tornaba imperioso definirse con respecto al movimiento nacional *concreto*, es decir, el peronismo. Y allí se dibujaban, sino todas las divergencias, al menos las más importantes.

No se agotaban aquí los problemas, pues los herederos del nacionalismo democrático popular también hablaban de “revolución”. En este caso se trataba de una revolución *nacional*, o incluso se adoptaba la denominación liberación nacional. Resultaba claro que tal revolución nacional se mantenía empero *dentro* del cauce del capitalismo. Tal la tesis era la que sostenían fracciones del peronismo democrático –popular (vinculado al ideario forjista, por ejemplo) o incluso tradicional. No así su derecha conservadora y mucho menos su ultraderecha pro –imperialista (lopezregismo), que si aludía equívocamente a la revolución “nacional” era para distinguirse de los “zurdos”, o se esforzaban en poner de relieve que los “comunistas” y los “rusos” también eran imperialismo, con la peculiaridad de que encontraban más grato combatir a este “imperialismo” que al estadounidense.

Ahora bien, junto con el problema de la caracterización de la revolución, se suscitaba la cuestión de los “camino” o la vía estratégica para alcanzarla. Ya en el marxismo clásico está presente la idea de la insurrección y la toma del poder, de la imposibilidad de un tránsito pacífico al socialismo en tanto la burguesía (como todas las clases privilegiadas) de ninguna manera cedería graciosamente sus intereses. Luego, en el marco de la II Internacional, se dividirían las posiciones entre “reformistas” y “revolucionarios”; pero la III Internacional, sobre la base de la vocación universalista de la Revolución Rusa de 1917, fue creada ex profeso para romper con el reformismo socialdemócrata. Ahora bien, más allá de las referencias retóricas a la insurrección obrera, a la “toma del poder”, y la condena verbal de los “reformismos”, el comunismo argentino se había ido estructurando desde los años '30 como un partido que no propugnaba de ningún modo práctico la insurrección popular ni el “asalto” al poder.

Por su parte, la experiencia del primer peronismo, caracterizado en “los ‘70” como movimiento de liberación nacional (aunque también como burgués, conservador y hasta contrarrevolucionario por las izquierdas antiperonistas) había seguido una vía manifiestamente reformista: acceso al gobierno mediante elecciones, continuidad de la democracia representativa tradicional, reforma constitucional. Era esa una posibilidad que el peronismo de izquierda veía como difícilmente replicable en el nuevo contexto de los años 1960 -70. El propio John William

Cooke había señalado en varias oportunidades, incluso en su correspondencia con el Líder exiliado, la necesidad de “ir más allá”, hacia un socialismo latinoamericanista, y la imposibilidad de que el peronismo pudiera reemprender el proceso de liberación nacional y social a través de una vía reformista (incluso descreía hasta de la posibilidad misma de acceder nuevamente al gobierno mediante elecciones, que no serían permitidas por el bloque dominante).

Distintos procesos revolucionarios de otros países amplían el horizonte de los caminos imaginables a la revolución. Ya no se trata solo de la insurrección obrera, típicamente urbana, que estaba en el imaginario socialista revolucionario desde la “Comuna” parisina y sobre todo, desde el Octubre rojo. La Revolución China, con su Larga Marcha y su ejército campesino, y la resistencia vietnamita a los imperialismos francés y estadounidense, introducen las cuestiones de la guerrilla campesina y de una estrategia revolucionaria “prolongada”. En la América Latina de la primera mitad del siglo XX existían antecedentes: los ejércitos campesinos de Zapata y Villa en México, la guerrilla acaudillada por Sandino en Nicaragua. Pero será la Revolución Cubana de 1959 lo que generará nuevas y ásperas polémicas en torno al camino a la revolución; y no solo discusiones, sino especialmente ensayos prácticos. En varios países de América Latina, incluyendo la Argentina, en los años '60 se desarrollan algunos experimentos armados, la mayoría rápidamente desarticulados, como fue el caso del Ejército Guerrillero del Pueblo en nuestro país, parte de la proyección revolucionaria continental diseñada por el Che Guevara. Se pensó entonces la vía a la revolución como una “guerra popular”, donde las masas populares guiadas por las vanguardias armadas se enfrentarían progresivamente a las fuerzas del orden imperialista y burgués, hasta derrotarlo.

En el imaginario militante de “los 70” en muchas ocasiones las nociones de “lucha armada”, “guerra revolucionaria” y “guerrilla” aparecen asociadas, casi como sinónimos. Pero puede hacerse una distinción analítica¹⁵. La lucha armada se refiere a diversos métodos o modalidades de lucha política donde aparece deliberadamente el uso de violencia, sin reducirse a uno de esos métodos en particular; un atentado, una insurrección popular, o una guerrilla pueden ser manifestaciones de lucha armada. En tanto que la *guerra revolucionaria* es una situación global de enfrentamiento bélico, que afecta a toda la sociedad. Puede imaginarse en principio a sociedades donde se desarrollan formas de lucha armada, sin que eso implique un estado global de guerra civil. Las formas de lucha armada pueden suscitarse por una situación coyuntural de violencia política: por ejemplo, un golpe de Estado o gobierno dictatorial que viola la soberanía popular y desata formas de resistencia armada. Esa situación es la que se vivía en la Argentina desde el golpe de Estado de 1955. La guerra revolucionaria es un planteo estratégico a largo plazo, que supone la extensión y

¹⁵ Carlos Flaskamp: *Organizaciones político –militares. Testimonios de la lucha armada en la Argentina (1968 -1976)*; Buenos Aires; Nuevos Tiempos; 2002; pp. 29 -32

profundización de las formas de lucha armada y está dirigida a la toma del poder. En los años '60-70 ambas concepciones se metamorfosearon en el lenguaje de los militantes.

La teoría de la guerra popular prolongada fue elaborada por los procesos revolucionarios de Extremo Oriente, especialmente China. En ese país, los factores estructurales que no tenían un impacto “explosivo” o inmediato en el proceso revolucionario pero que obraban a “largo plazo” (la demografía, el extenso territorio) debían terminar imponiéndose a las fuerzas imperialistas o contrarrevolucionarias. Lo cierto es que en dicho país, con parte de su territorio ocupado por potencias extranjeras y con el despliegue de un movimiento de autodeterminación nacional que ya tenía décadas (con el liderazgo inicial de Sun Yat Sen), efectivamente se desarrollaba una guerra de liberación nacional. En el “traslado” de esta teoría a la Argentina jugaron analogías: se asimiló *violencia a guerra*. En la Argentina lo que había eran dictaduras alternadas con democracias restringidas, con fuerte represión estatal, pero no una situación de guerra integral y mucho menos de ocupación extranjera. Así que fue necesario un esfuerzo de construcción teórica para concebirla. El problema se tornaba evidente al tener que encuadrar disímiles momentos de la vida política nacional (dictaduras, democracias restringidas, elecciones) solo como momentos o episodios de una “guerra popular prolongada”.

Sin embargo, la influencia más importante de la izquierda armada argentina era la Revolución Cubana, que ponía más el énfasis en la guerrilla que en la guerra popular prolongada. Como planteo estratégico se había generalizado, a partir de esa experiencia, la “teoría del foco”, que tenía una de sus formulaciones originales en el propio Che. En un artículo donde se preguntaba si el proceso cubano era una excepcionalidad histórica o anticipaba próximas revoluciones latinoamericanas, el Che sintetizaba algunos de sus puntos de vista. Había una serie de particularidades contingentes a Cuba, y por tanto irrepetibles. Entre ellas el liderazgo excepcional de Fidel Castro, el “error” del imperialismo estadounidense en su complacencia o inoperatividad en los primeros tramos de la revolución en la Isla, la posibilidad que tuvieron los revolucionarios de establecer un frente común con fracciones de la burguesía en la etapa de la lucha contra la dictadura de Batista, el importante grado de proletarización del campesinado cubano.

Luego pasaba a enumerar los factores que, por el contrario, eran comunes al conjunto de Latinoamérica. La realidad de un latifundismo presente como una lacra en todo el continente; el monocultivo y la dependencia que caracterizarían a las economías latinoamericanas; la miseria popular, la pobreza, el “hambre de las masas”. Sobre la base de estos factores, el Che establecía el diagnóstico de que las *condiciones objetivas* estaban maduras para el ciclo revolucionario. Había que crear ahora las *condiciones subjetivas*, la conciencia de la necesidad y posibilidad de la revolución, a través de la lucha armada. Ese ciclo revolucionario tendría como escenario

privilegiado el campo, el ámbito rural donde vivían las masas campesinas, desde allí el foco guerrillero podría desarrollarse hasta constituir el núcleo de un ejército campesino. De todas formas el Che no desestimaba del todo la posibilidad de la guerrilla urbana, aunque más no fuera como apoyo logístico. Ahora bien, esa fuerza revolucionaria debía plantearse, en la medida en que el imperialismo no volvería a equivocarse y que la burguesía latinoamericana era ya una clase “contrarrevolucionaria”, una lucha simultánea contra el imperialismo, la burguesía local y las Fuerzas Armadas.

De diversas formas y con grados variables, el foquismo se convirtió en una opción estratégica en la Argentina de “los ‘70”. Pero hubo desde lecturas lineales hasta otras que “evolucionaron” hacia una mirada con mayores matices. En este último caso puede inscribirse el tránsito que describe Carlos Olmedo, líder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) que caería tempranamente abatido en un enfrentamiento. Olmedo se refiere al “lejano” antecedente de las FAR, como grupo que esperaba formar parte del proyecto continental del Che. No tenían por entonces una detallada caracterización de la situación argentina, pues creían que resultaba indiferente en esa perspectiva continentalista en la cual las condiciones objetivas estaban ya dadas. Sin embargo, la captura y muerte del Che y la desarticulación de su proyecto dejaron boyando al grupo local del que Olmedo formaba parte. Es entonces cuando se replantean la coyuntura local, estableciendo un análisis sobre la situación nacional y un debate en torno a la *identidad* política, cuestiones antes ausentes. Es así como establecen una lectura asentada en el análisis de la situación nacional y una integración del grupo en lo que ven como identidad de lucha del pueblo argentino, el peronismo. Lectura sustancialmente diferente a la del PRT –ERP, con quienes polemizan.

Junto con estas perspectivas de lucha armada, inspiradas en la experiencia cubana, en la teoría del foco, en la concepción de una guerra popular y prolongada, se mantiene el imaginario insurreccional obrerista en otras fracciones de las izquierdas. Ya habíamos aludido a los movimientos contestatarios de las bases obreras (sindicalismo de liberación, peronismo obrero combativo, clasismo) que coexistían y competían con el sindicalismo tradicional. Sobre esas tendencias se estableció la perspectiva de un proceso de insurrección popular masiva que acorralara a la dictadura y condujera a la toma del poder. El ciclo de levantamientos populares y puebladas que desde el Cordobazo de 1969 agitó al interior del país, alimentó esa expectativa. Efectivamente, esos episodios produjeron fuertes crisis en el gobierno dictatorial, y movilizaron a vastísimos contingentes del campo popular.

Ambas tendencias, la armada y la insurreccional, se encontraron con el desafío, hacia el año 1972, de la apertura del escenario electoral (fracasado ya el Gran Acuerdo Nacional lanusista, aunque se mantuviera la proscripción al viejo Líder) y de la “vitalidad” del peronismo que se

rearticulaba para las elecciones del año siguiente. Dos desafíos encadenados: el de las elecciones en un sistema que se consideraba caduco e incapaz de resolver las mínimas reivindicaciones de las masas; y el de un movimiento nacional que se aprestaba a hacer valer su número en los comicios, a despecho de sus antagonistas más virulentos pero también de aquellos que esperaban un desenlace revolucionario próximo.

¿Y el peronismo?

El peronismo estará en el centro del imaginario político de “los ‘70”, incluso para quienes desde la izquierda deploraban la persistencia del “nacionalismo burgués”. El desarrollo de una importante “ala izquierda” del movimiento nacional (agrupaciones sindicales y estudiantiles, referentes intelectuales, organizaciones armadas) le dio carnadura a las visiones que lo caracterizaban como movimiento antiimperialista, e incluso a la perspectiva de un socialismo nacional. Pero la magnitud de las tareas revolucionarias a tener en cuenta para hacer realidad esa perspectiva era titánica.

A lo largo de las décadas, desde los años '40 hasta “los ‘70”, el marxismo nacional había ido afinando su visión sobre el peronismo. Existen por supuesto importantes matices entre sus principales figuras, por ejemplo un Jorge A. Ramos caracterizándolo como un *bonapartismo* progresivo, hasta un John W. Cooke abogando por un peronismo socialista. Se imponían empero los puntos en común, que se ordenaban en torno a una mirada no complaciente sobre el movimiento nacional, a partir del análisis de sus *contradicciones internas*. La más importante contradicción interna era la naturaleza policlasista del peronismo. Eso resultaba inevitable en un país dependiente, en el cual varias clases sociales eran oprimidas por el imperialismo y se imponía la construcción de una alianza de clases. Sin embargo, eso podía simultáneamente convertirse en un obstáculo para su desarrollo posterior, cuando más complejas tareas aparecieran en el horizonte. Era lo que había sucedido en 1955. En el seno del peronismo se procesaba la contradicción de clase entre opresores y oprimidos, concretamente entre la burguesía nacional y la clase obrera. También aparecían otras contradicciones, por ejemplo aquella que señalaba Cooke al decir que admitir que el peronismo era un movimiento policlasista no significaba que su ideología fuera a su vez policlasista; solo podía ser burguesa o revolucionaria.

Esta fue la principal lucha de los marxistas nacionales: emancipar al movimiento nacional de la hegemonía burguesa que se planteaba en su seno, enfrentando a las voces conservadoras, burguesas, y aún reaccionarias, que se hacían sentir dentro del peronismo. Esa tarea colosal exigió sus mayores esfuerzos en el plano intelectual. Había que explicar que aquello que aparecía como

negativo o conservador del peronismo no era fruto de caprichos sin sentido de un viejo patriarca exiliado ni aberraciones políticas sino expresión de sus contradicciones internas. Era necesario dotar de una tradición histórica al movimiento nacional, que lo enlazara con las mejores luchas del pueblo argentino y latinoamericano. Resultaba imperioso poner de relieve la ajustada y cambiante relación entre las tareas nacionales y las socialistas, al tiempo que advertir sobre la imposibilidad de volver atrás, a la “edad de oro” 1945 -55. Y finalmente, plantear el corolario inevitable de una lucha contra hegemónica: qué conducción, qué *vanguardia*, podía traducir una orientación socialista revolucionaria en el seno del peronismo. Puesto que la resolución hegemónica debía darse no solo en la conciencia de las bases, sino en el plano de la conducción política.

Aquí aparecía un límite visible: Perón. Será una vez más Cooke quien formule arriesgadamente esta cuestión, ¡en su propio intercambio epistolar con Perón! Le pedirá al viejo Líder definiciones políticas e ideológicas que éste no podía ni juzgaba conveniente proporcionar¹⁶. De todas formas, Cooke no romperá nunca públicamente con Perón, a quien consideraba uno de los factores de la lucha revolucionaria argentina. Rodolfo Puiggrós oscilará entre la admiración y una lectura en la cual Perón y su propio régimen eran fruto de cierto equilibrio de clases, de un campo de presiones en permanente movimiento. En ese juego de presiones sociales y políticas, Perón no era un cuerpo inerte sino que jugaba allí donde se verificará la más fuerte presión del proceso; creador y creado, líder y anti líder a un tiempo¹⁷. Jorge A. Ramos y la izquierda nacional no se identifican como peronistas, por lo cual estaban “eximidos” de compromisos retóricos. Planteaban a Perón no como un revolucionario socialista, sino como un líder nacionalista y popular del mundo colonial¹⁸. Pero, ¿se estaba realmente al margen del movimiento nacional? ¿Podía mantenerse una independencia del proceso y no sufrir sus formidables presiones? El cauce del movimiento nacional, el empuje de las masas, la mística de las luchas, la figura legendaria del Líder, todo eso obligaba a definición. La postura de la izquierda nacional de sostener una organización socialista independiente no resolvía mejor la cuestión que la izquierda peronista.

De todas formas, en los primeros años '70, el problema pudo obviarse, o al menos así pareció para importantes fracciones del peronismo de izquierda. El Líder estaba fuera del país y lejos del escenario de los acontecimientos fundamentales, sin plantear un antagonismo con los sectores radicalizados a los cuales, por el contrario, parecía bendecir; la lucha contra la dictadura de Lanusse lanzaba cada vez más importantes contingentes sociales a las calles; las organizaciones guerrilleras no eran por cierto el único factor de la lucha, pero cosechaban ciertos grados de simpatía y adhesión; la burocracia sindical y los sectores conservadores del movimiento seguían

¹⁶ Carta de Cooke a Perón del 3 de marzo de 1962, en John William Cooke: *Obras Completas*, tomo II; Buenos Aires; Colihue; 2007; pp. 497 -514

¹⁷ Ver Rodolfo Puiggrós: *El peronismo: sus causas*; Buenos Aires; Ediciones Cepe; 1974; pp. 32 .33

¹⁸ Jorge A. Ramos: *La era del bonapartismo*; Buenos Aires; Plus Ultra; 1973; pp. 212 -213

siendo una “realidad” y mantenían sólidas posiciones de poder, pero ideológicamente estaban a la defensiva, sin poder ofrecer un cauce o una salida política satisfactoria. Es en esa etapa, prolongada en una campaña electoral dinamizada por la Juventud Peronista y con el concurso de Montoneros (mientras otras organizaciones como las FAP se mantenían al margen), que se construye en el imaginario militante la idea de un Perón pro –socialista. El propio Líder contribuyó con sus manifestaciones públicas a favor de un socialismo nacional, y avalando a la “violencia de abajo” que se oponía a la fuerza ciega de los dominadores. Esa imagen formó parte del imaginario de “los ‘70” para la izquierda peronista. No así para otras fracciones de la izquierda argentina que vieron en el retorno del peronismo al gobierno, y del Líder al país, un enojoso retroceso o al menos un obstáculo transitorio en el camino a la revolución.

El período que va desde el efímero gobierno de Cámpora, y sobre todo desde su renuncia, al nuevo gobierno de Perón, fue el principio de la crisis de esa idea. El proyecto del General era muy distinto al que impulsaban las fracciones radicalizadas de su movimiento, y en todo caso no estaba dispuesto a compartir la conducción con ninguna “vanguardia”. Esta situación podía ser racionalizada como parte de las contradicciones internas de un frente policlasista, y en efecto así se hizo. Claro que el límite preciso del juego armonioso, si eso fuera posible, de las contradicciones internas es que éstas no se tornen antagónicas. Aquí se produjo el punto crítico, donde se jugaría todo lo acumulado en el proceso de luchas, en el imaginario militante y en el campo ideológico – intelectual. La profundización del cauce de la liberación nacional, el desarrollo de un proceso revolucionario en tránsito al socialismo, la misma radicalización del peronismo en esa dirección, exigía (en lenguaje maoísta) una correcta resolución de las contradicciones en el seno del pueblo. No sucedió. El frente nacional se rompió “estrepitosamente” el 1º de mayo de 1974, aunque en realidad antes. ¿Qué otra cosa fue sino las trágicas jornadas de Ezeiza, y la curiosa condena del General a los sectores radicalizados? Por otra parte, tampoco Montoneros (que se convertía en la más fuerte expresión de la izquierda peronista) resignaría su vocación vanguardista, compitiendo de hecho con Perón. La violencia posterior, instrumentada por una forma de terrorismo estatal como la Triple A, avalada por el gobierno de Isabel, pavimentó el camino al exterminio.

Escapa al objeto de este trabajo (que es apuntar algunas reflexiones sobre el imaginario militante de “los ‘70” alrededor de los problemas de la *liberación nacional*, la *revolución* y el *peronismo*) analizar el proceso histórico del período 1974 -76. Sí podemos decir que es la propia desintegración del movimiento nacional lo que produce la “crisis” de ese imaginario, que no parecía adaptarse fácilmente a la nueva realidad. Podía, en lo inmediato, pensar el proceso como derrota¹⁹;

¹⁹ En esa dirección parecen ir las últimas reflexiones de Rodolfo Walsh, en su debate con la dirección montonera

pero no fue así para importantes sectores del activismo revolucionario hasta que el exterminio dictatorial desarticuló ese campo.